

¡Error! ¡Lamentable error! que se desvanecerá en cuanto se abra el buffet.

Este momento es aquí más sorprendente que en el baile de araña.

Lhardy se ha lucido en el adorno de la mesa. Los faisanes, los jamones en dulce, las cabezas de javalí y los pavos en galantina se ostentan orgullosos sobre la mesa al lado de los Chantillis, las gelatinas; los ramos alternan con las bandejas de los quesos helados, presentando un conjunto tal, que algunos glotones le miraron con centelleantes ojos, esclamando para sus adentros:

—Si no viniera nadie... ¡que gusto!

En el momento en que se anuncia que le comedor se ha abierto, todos interrumpen su conversacion. los jugadores arrojan las cartas sobre la mesa y guardan el dinero en sus bolsillos; y es de ver cómo todos se atropellan y cómo las mayores notabilidades pierden su notable carácter.

Un general atropella á una jamona que pesa ocho arrobas justas para poder coger media perdiz; un pollo pisa á un banquero un ojo de idem por atrapar un salmone; una polla deja entre los piés de un filósofo la cola de su vestido por coger la de un faisán, y un marido tira á su mujer por coger una racion de ciervo ó de javalí, y todos los convidados forman una masa compacta, un todo homogéneo, y no se ven más que manos estendidas hácia la mesa, ó que ya en el aire se retiran con su presa.

Diriase que el hambre ha estendido allí sus negras alas y cobija á todos bajo ellas.

Algunas cruces que tantos sudores de idas y venidas ha costado conseguirlas, ruedan por el suelo y las pisan los convidados.

Despues que la gente ha salido del comedor dejando vacías y tiradas por el suelo las botellas de espumoso Champagne, esquisito Madera y Burdeos y delicioso Jerez, rotas algunas copas y esparcidos por el mantel algunas migajas de los exquisitos manjares que poco antes adornaban la mesa al par que convidaban á gustarlos, cualquiera diria que aquel era el salon del festin de Baltasar, á los restos de una orgia de cocottes y capitalistas.

Acabada la cena cerca del amanecer, vuelve la gente al salon, muchas veces no se baila por ser bastante peligroso por comenzar los vinos á hacer su efecto, otras se baila algun wals y el cotillon.

Terminado este se despide cada uno de los señores de la casa, y se marchan á la suya.

¡Y aquí paz, y despues... lo que Dios sabe!

FEDERICO AVECILLA.

### LA FRANQUEZA.

España es el país de los bodegones. Dirán Vds. que de algun tiempo á esta parte van siendo reemplazados por los *cafés manchegos* y los *restaurants*: es cierto; pero para mi objeto, si la forma ha cambiado, el fondo no.

A cada instante, en los salones, en el café, en los paseos, hallo personas que hablan unas con otras con tanta familiaridad, con tanto descoco, que lo primero que se me ocurre al oírlos, es esta consideracion, en mi concepto oportunísima:

—¡Esos caballeros han debido comer juntos en un bodegon!

De esta franqueza, de este *sans façon*, ha nacido una industria, cuya personificacion es el tipo que voy á tener el honor de recordar á Vds. en sus diversas manifestaciones.

Yo bien sé que la franqueza, esa franqueza bien educada que da y recibe, que nunca pasa los límites de la prudencia, que vive de mútuo afecto, de la mútua bondad, es una franqueza adorable.

Conste que no la aludo: voy á ocuparme solamente de aquella que comienza diciendo:

—Perdone Vd. la franqueza, ó, dispense Vd. la libertad que me he tomado.

Esta y otra, que llamaré cartaginesa, porque hace lo que aquellos famosos moradores de España, *entrar vendiendo por salir mandando*, es una franqueza que, francamente, no hay quien pueda sufrirla.

Cuando menos piensan Vds. se hallan al lado de mi tipo.

¿Cómo se encuentra en el mismo salon que Vds.?

No es difícil averiguarlo.

Se aburría en su pueblo, estaba seguro de hacer fortuna en la corte, no tenía un cuarto, pero con su carácter abierto, logró que el mayoral de la diligencia que cambiaba de tiro en su pueblo, le llevase en la delantera hasta Madrid.

Una vez en la villa coronada, se acordó de que el hijo de un rico hacendado de su aldea estudiaba la carrera de leyes.

Averiguó las señas de su casa, y despues de darle un abrazo:

—Aquí me tienes, chico, le dice; he venido á probar fortuna, y como somos paisanos, te he buscado.

—Bien venido seas.

—Por supuesto que aquí me quedo. Tu habitacion es grande por lo que veo; haz que pongan un catre al lado del tuyo, y ya verás que bien lo pasamos.

—Es que yo pago veinte reales diarios.

—Qué mas dá... quiere decir que incluyéndome aquí, solo me llevarán diez...

¡Qué dias tan hermosos nos aguardan. Hablaremos del pueblo, iremos juntos á los cafés, á los teatros, á los salones...

—Bien... si te empeñas... yo hablaré con el ama; ve entretanto á buscar tu equipaje.

—¡Mi equipaje! Ja... ja... ¿Pues qué no te he dicho que me he escapado de mi casa con lo puesto? Bueno estará mi padre, pero no pienso verle hasta que pasen muchos años... ya estaré calvo entonces, y no me vendrá mal la peluca que me aguarda. Habla, habla á tu patrona... entretanto escribiré á mi novia... Aquí veo papel... ¡diablo... qué fino es! Esto es lo que se llama lujo. Pon una pluma nueva... así: ¡ah! dame un sobre... ¿Tambien tienes sellos? Eres un hombre precavido... Déjame dos de los de á cuatro cuartos. Por supuesto que comeremos juntos... anda... anda á ponerte de acuerdo con la patrona.

Mientras el jóven, que es algo corto de genio, entabla las negociaciones, su paisano escribe y pasa revista al guarda-ropa de su amigo.

—Ya está todo arreglado.

—Diez reales?

—Sí, pero desea una quincena adelantada.

—¡Vaya un capricho!

—Como no has traído equipaje

—Dile que tú respondes de mí.

—Sí, pero...

—Nada... nada... aquí me instalo. Posees muy buena ropa, y como tenemos un mismo cuerpo, me ha de estar bien. Voy á probarme el pantalon que hay encima de la cama.

—Acaba de traerlo el sastre.

—Tanto mejor, con eso te lo amoldaré... dámelo. ¿No te lo dije? Me está pintado... y tiene trabillas: ¿se usan ahora?

—Para montar.

—¿Tú montas?

—Alguna que otra vez.

—¿Tendrás caballo?

—Una jaca preciosa... es un regalo de mi tío Luis, el que está en Ronda.

—Yo te diré si es buena... la montaré esta tarde.

—Sí, pero es el caso, que yo tengo una cita.

—¿A caballo?

—Un marquesito, amigo mio.

—Yo iré por tí... ó si no haz otra cosa... En Madrid debe haber buenos caballos de alquiler.

—Ya se vé que los hay, y podrias...

—¿Escogerte uno? No hay inconveniente.

—Señorito, esta carta, dice un doméstico entrando.

—¿Es este tu criado?

—Para servir á Vd.

—¿Cómo te llamas?

—José.

—Oye, José, lleva estas cartas al correo y trae el caballo de tu amo á las tres. Vamos nosotros á alquilar ese penco.

—Imposible.... acabo de recibir una carta.

—Una carta... ¿á ver?

—No, hombre, no... todo ménos eso.

—Pues qué, ¿tienes secretos para mí?

—La correspondencia es sagrada... inviolable.

—No seas tonto... entre nosotros... ¿Hay ó no hay franqueza?

—Para esas cosas, no.

—Vamos, vamos, no me andes con tapujos... y te has quedado pálido. Por fuerza te hallas en un trance apurado, y mi deber es salvarte.

—Si te digo....

—La amistad tiene deberes, pero tambien tiene derechos. Venga esa carta. Es de tu novia... tiene celos... ¿Te pide esplicaciones?—Yo se las daré en nombre tuyo.

—Pero si no la conoces.

—Tú me presentarás en su casa.

—Es la hija de un banquero, del señor de Martinez.

—Tanto mejor: con eso entraré en el gran mundo por la puerta dorada.

—Francamente, chico, me es imposible complacerte.

—En la carta te dice que irá á la Castellana con su mamá.

—Sí, pero yo no iré... mejor que podemos hacer es irnos al por nuestro lado. A las tres tendré el caballo á la puerta; yo me voy.

—Corriente, pero dame el reloj.

—¿Para qué?

—¿Qué cosas tienes! ¿No ves la hora.

—Con tal de que me vejes en paz, hasta te lo regalaría.

—Por eso no hemos de reñir; te cojo la palabra.

—Adios.

—Adios.

Poco despues mi tipo va á caballo por la Castellana, hecho un caballero; á la segunda vuelta ve á un paisano al lado de dos señoras, una jóven de más edad.

Se apea, entre otras cosas á un vendedor de agua, y al momento encuentro de su amigo á un señorito.

—Adios, señorito, le dice; vásteme á los piés de las señoras, me acompañarán la libertad que me he tomado.

—Mi amigo me ha hablado de usted, que no he podido resistir el deseo de saludarlas, porque sé que Vd., señora, es la amable señora de Martinez.

—¡Caballero!

—Preséntame, hombre.

—Mi amigo Fulano de Tal.

—Muy señor mio.

—Somos paisanos, hemos pasado juntos

los primeros días de la vida, y nos adoramos; pero no se detengan Vds. por mí, pasaremos juntos, y si esta señora tiene la bondad de honrar mi brazo...

—Mil gracias, caballero, es Vd. muy fino, y acepto gustosa... vayan Vds. delante.

—No lo puedo remediar, señora, añade el intruso; soy la misma franqueza cuando simpatizo con una persona, y lo que es usted...

—¿Me conocía Vd.?

—Por cartas.

—¿Por cartas?

—Sí, señora; mi amigo me ha escrito tantas veces hablándome de Vd., que no he podido resistir al deseo de conocerla, y he venido de expreso.

—¿Cómo no le ha presentado Vd. en casa?

—Es tan corto de genio...

—Con efecto; pero ahora supongo que nos honrará Vd. con su presencia.

—Temeré molestar.

—Al contrario, y tanto es así, que cuento con Vd. esta noche.

—En ese caso iré, pero con una condición: han de tratarme Vds. con franqueza... la etiqueta no se ha hecho para mí: yo soy muy expansivo; quiero ó no quiero á las personas, y en queriéndolas, las considero como mi familia. Ve Vd... hace un instante que la conozco á Vd., y ya la quiero como si fuera Vd. mi hermana.

—¡Calle Vd.! si puedo ser su madre.

—No piensan así los que pasan á nuestro lado... no hay uno que no la mire á usted con interés.

—¿Ha reparado Vd.?

—Cuando la digo á Vd. que estoy siendo envidiado.

—¿Qué cosas tiene Vd.!

Por la noche van los dos paisanos al salón de la señora de Martínez.

La banquera ha hablado ya á su esposo del jóven.

—Ya verás qué fino, y sobre todo ¡qué franco!

Al cuarto de hora ya ha conversado con todos los amigos de la casa.

Uno de ellos es aficionado á la pesca, y confiesa su debilidad.

—También yo pescó, y si Vd. quiere le propongo una partida.

—En el Manzanares.

—Sea: por supuesto que devoraremos en alegre compañía lo que pesquemos. ¿Tiene Vd. buena cocinera?

—Excelente.

—Pues me convidó á comer con Vd. el día de la pesca; no dirá Vd. que no le trato con franqueza.

Otro ha manifestado que posee gran número de armas antiguas.

—Yo también adoro esas antigüedades,

dice mi héroe, y si Vd. me permite que vaya á verlas...

—Con mucho gusto.

Una señora anuncia que ha conseguido un palco en el Real para el estreno de una ópera.

—Dichosa Vd. que ha puesto una pica en Flandes; yo he ofrecido hasta una onza por una butaca, pero inútilmente.

—Si Vd. quiere aceptar un asiento en mi palco...

—Pues bien, si señora; le acepto y le agradezco. Otro cualquiera diría que no, para que Vd. le instase; yo soy más franco; acepto.

En esto se acerca á un grupo en donde hay varias señoras mayores con el señor Martínez.

Se habla... de lo que suele hablarse frecuentemente entre los señores mayores, de manjares.

El banquero adora las langostas, pero con salsa á la mahonesa, y no ha encontrado todavía quien le aderece esta salsa á su gusto.

—Si Vd. quiere, yo se la aderezaré un día, exclama mi tipo.

—¡Usted!

—Yo; si señor, precisamente he tenido una madre que era una especialidad para componer esa salsa, y yo aprendí. Qué bien dicen, lo que uno aprende de muchacho, tarde ó nunca lo olvida. Por otra parte, me inspiran Vds. tanta franqueza... nada, lo dicho, si Vd. quiere...

—Con mucho gusto.

—Fije Vd. el día.

—Mañana, señores, si Vds. quieren honrar mi mesa.

Al otro día se mete mi tipo en la cocina, y gracias á su carácter siempre abierto, se conquista la simpatía de todos los habitantes de la casa.

Por supuesto que para hacer la salsa ha ido antes á ver á Mr. Lhardy, y le ha dicho:

—Amigo, dispense Vd. la franqueza que me tomo: me he comprometido á componer una salsa mahonesa, y deseo que usted me explique...

Como Lhardy es amable, le complace, y la salsa entusiasmo á los señores mayores.

Desde la cocina se ha entrado para lavarse las manos en el gabinete particular de la señora de Martínez, y la ha sorprendido tiñéndose el cabello, con lo cual ha llegado á dominarla; ¿qué no conseguirá de ella con tal de que no cuente lo que ha visto?

Gracias á su carácter franco, en quince días se ha introducido en veinte casas, ha ido al Casino haciendo que su amigo le pague los 1.000 rs. de entrada, y ha logrado colocar una porción de acciones de la

*Longanimidad*, Sociedad de seguros mútuos que ha formado el Sr. de Martínez.

—Este chico es una alhaja, se ha dicho el banquero.

En cambio, su hija, que ha roto con su novio, piensa que su paisano es mucho más tratable, y contesta que si á una declaración que éste le ha escrito.

Poco tiempo despues pide la mano de la banquerita.

—Ante todo, la franqueza, dice á su padre; otro cualquiera le engañaría á Vd., yo no. Nada tengo, pero sé hablar, tengo ingenio y puedo ser un gran elemento para su casa de Vd. Si Vd. me desaira, no por eso dejaré de ser su amigo.

Al mismo tiempo escribe dos letras á su futura suegra, diciéndola que conviene que quede en casa el secreto que ha descubierto.

Resultado: que se hace la boda, que consigue que el papá suegro le ponga al frente de la casa, y que por todas estas causas ú otras parecidas le hallan Vds. en los salones hablando de tú á los ministros, y tratando como gitanos á los banqueros más notables.

JULIO NOMBELA.

### LA ASIDUIDAD Y EL TRABAJO.

Un labrador heredó un campo de los más fértiles de su comarca, pero no habiéndose cuidado de cultivarlo, al cabo de algunos años llegó á convertirse en un verdadero erial. Un amigo suyo, queriendo entonces explotar aquel feraz terreno, improductivo por culpa de su dceño, y pensando al mismo tiempo aprovecharse de las circunstancias, le propuso que se lo cediese, pero por una suma tan exigua, que el cura de la aldea, amigo también del indolente labrador, creyó oportuno intervenir en el asunto, para evitar que por su dejadez perdiese la herencia que le habían legado sus mayores.

El bueno del sacerdote logró con sus consejos deshacer el contrato, y decidir á su perezoso amigo á mejorar por cuenta propia el rico patrimonio que poseía.

El labrador, lleno de la mejor voluntad, se trasladó á su posesion con ánimo de dar principio á las mejoras de que era suscep-

tible, pero al hallarse en medio de las malezas que por todas partes crecían, el pobre hombre desmayó por completo, y conceptuando que era obra aquella muy superior á sus fuerzas, se echó á dormir tranquilamente la siesta. Volvió, sin embargo, varias veces, con el firme propósito de emprender sus proyectados trabajos, pero creyéndose siempre impotente para realizarlos, acababa como el primer día por echarse á dormir.

Su amigo, el cura de la aldea, muy ageno de lo que pasaba, quiso sorprenderle en los momentos en que suponía se hallaba entregado á las labores del campo. Grande fué su sorpresa al encontrarle contemplando atónito su estensa y escabrosa superficie.

—¿Pero cómo... le preguntó admirado, aun estamos así?...

—Y lo estaremos, repuso con aplomo el labrador. Esta es obra de romanos.

—Hombre, no diga Vd. eso.

—Pues no sé entonces qué decir. Vengo siempre resuelto á dar principio á los trabajos, pero amigo, al ver estas malezas me desanimo, y... Vd. dirá de mí lo que quiera, pero no lo puedo remediar, me dan ganas de dormir, y me duermo aquí donde Vd. me ve.

—No me parece mala idea, repuso el bueno del cura despues de una breve pausa. Si me quisiera Vd. escuchar, prosiguió, yo le aconsejaría que no perdiese la costumbre de venir á dormir aquí la siesta diariamente.

—¿Pero qué adelantaría con eso? interrumpió el campesino lleno de admiracion.

—Mucho... Pero entendámonos. Le daría á Vd. repito, este consejo, si Vd. por su parte se obligase á roturar diariamente el reducido espacio de tierra que pueda servir á Vd. de lecho. Me parece que no es mucho pedir.

—Lo que es eso nada tiene de difícil.

—Pues manos á la obra, que en este mundo, amigo mio, y no lo olvide Vd. nunca, lo que cuesta es empezar.

Cuéntase que el labrador empezó á mejorar sus tierras, y que á medida que adelantaba en sus trabajos, mayor era el ánimo que le impulsaba á continuarlos.

Lo que prueba que con trabajo y asiduidad, llegan á realizarse las más difíciles empresas.

Xs